

Perú

El reto de unas elecciones

Luis de Diego

"Mi país, ahora lo comprendo, es amargo y dulce; mi país es una intensa pasión, un triste piélago, un incansable manantial de razas y mitos que fermentan".

Sebastián Salazar Bondy

El 8 de abril de 1990 se celebrarán las elecciones presidenciales más dramáticas en la historia del país. El próximo presidente recibirá una economía devastada (una inflación superior al 3.000% en el año 89, con un desempleo del 40% que amenaza convertirse en crónico), y un país enfrentado entre dos fuegos: el terrorista de Sendero Luminoso, y su réplica, muchas veces convertida en amenaza para los campesinos, de los cuerpos de seguridad del Estado. El negocio del narcotráfico crece en la región de la selva apoyado en más de doscientas mil hectáreas plantadas con hoja de coca. El gobierno de Alan García se desmorona, en los dos últimos años, ya sin proyecto, coherencia ni credibilidad. Fracaso tanto más significativo dado el alto apoyo popular que recibió para su elección, y las ilusionadas expectativas que despertó. A todo ello ha sucedido una gigantesca desconfianza del pueblo frente a las élites del país.

Pero el problema no es sólo coyuntural. Y la crisis económica, con toda la dura seriedad que reviste, no es lo más profundo. Habrá que llegar hasta las raíces culturales y sociales. Hay quienes piensan que Perú se encuentra hoy en una crisis correcta. Una crisis que se ha ido gestando a lo largo de doscientos años sin haber sido enfrentada en forma definitiva. La crisis de dos grandes y antiguas polaridades: Lima, y el resto del país. De dos maneras de vivir: la costeña y la serrana. Crece la convicción de que se debe construir un nuevo país. Acabar con el Perú del pasado y empezar a ser gente igual. Y legitimar el pluralismo y el respeto de "todas las sangres" en un país donde lo cultural-racial es proble-

mático a todo nivel, y todavía no ha sido abordado con claridad y valentía. Es urgente propiciar una democracia más radical, en la que se puede vivir una solidaridad real. Que haga sitio a gente nueva dándoles responsabilidad y liderazgo.

Todo esto va a requerir que las élites políticas y económicas del país superen su insensibilidad y miopía. Y que comiencen por dar ejemplo de austeridad, único modo de obtener un mínimo de respeto y de autoridad moral en la situación actual (1). Habrá que motivar hacia una mayor reflexión y debate sobre todos estos aspectos. La nación vive un llamado importante a la paz y a la solución valiente de sus problemas: levantar la bandera de un proyecto pacífico y justo

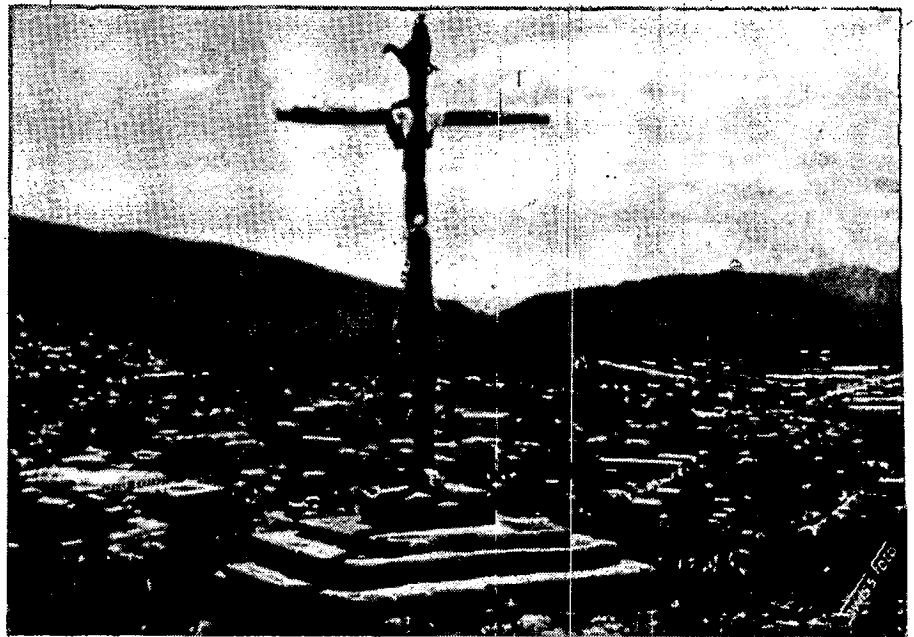
en medio de la actual conflagración. Tarea que deberá enfrentar el nuevo Presidente al par que restablecer la confianza y credibilidad de la gente en el gobierno. La violencia y el narcotráfico son dos dimensiones importantes de este reto global. Nos limitaremos a unas observaciones sobre estos dos capítulos.

PACIFICACION VS VIOLENCIA

Todavía están por profundizarse en el Perú las raíces más hondas de la violencia que hoy padece. Estudios recientes dejan algunos interrogantes: ¿es la pobreza absoluta, o más bien el modo de organizarse lo cultural y social, la causa profunda de la violencia en la sociedad peruana? Dicho de otra manera: la violencia a nivel síquico y cultural —que incluye también el plano jurídico— ¿es sólo un epifenómeno de una causa más profunda situada a nivel económico, político o social? Algo, sin embargo, queda como cierto: la violencia ha penetrado la vida del país desde hace mucho tiempo y en los campos más diversos: el político, el social, el económico, el jurídico y cultural... Y su manifestación externa más preocupante, desde 1980, es la presencia de Sendero Luminoso. Como lo afirmó su líder Abimael Guzmán en una famosa entrevista, "llegamos a todas las fronteras del país y ocupamos la sierra".

Mucho se ha escrito para tratar de dilucidar las motivaciones más hondas que mueven a este grupo escindido del Partido Comunista Peruano y entregado a lo que ellos denominan guerra popular. Busca la liquidación del proyecto político total de la nación. La respuesta

Ayacucho visto desde el cerro Acuchimay



es compleja. Puede tener varios niveles de explicación. En primer lugar los dos Perús reales suscitan un problema de identidad nacional todavía no resuelto satisfactoriamente. Una identidad nacional dividida en dos. O en cuatro, como afirma Max Hernández: Un blanco que busca destruir todo lo indígena. Otro blanco, avergonzado de las injusticias cometidas. Un indio que se recrimina no haber resistido lo suficiente. Y otro que, sublevado frente a las tres anteriores i-

demoler y quebrar por la fuerza todo orden, liderazgo, autoridad. También toda organización campesina o popular que no sea la suya propia. Declara paros armados, boicotea elecciones, amenaza y asesina a las autoridades y a quien no les obedece. Un Estado débil y un ejército sin metas claras para enfrentar la totalidad de la situación, golpean inevitablemente a campesinos inocentes. Los reprimen, asustan y alejan, dejándolos en la total indefensión. Hay desaparicio-

de los aspectos de esta organización puede ser la "autodefensa" frente a Sendero, pero también frente a otros muchos aspectos de la vida que se encuentran amenazados. No puede haber otro disuasivo más eficaz contra todo lo que sea muerte que esta solidaridad de la organización comunitaria del pueblo. La gente intuye cada vez más la fuerza de ciertas acciones cívicas de masas. Marchas por la paz. Como las que tuvieron lugar en Ayacucho en agosto y septiembre de

1988. El pueblo desfiló con pancartas: "No queremos violencia", "No queremos guerra", "Rechazamos a quienes están ejerciendo la guerra en nuestro nombre", "Rechazamos también la violación de derechos humanos para combatir a éstos". O la más reciente manifestación de Lima en noviembre pasado, como respuesta a una intimidación de paro armado. Contó con el respaldo inmediato de todos los líderes políticos, de la Iglesia y de todos los sectores significativos. "No matarás ni con hambre ni con balas". La respuesta efectiva vino días más tarde, con la asistencia masiva a las elecciones municipales. En abierto desacato a sus directrices, el pueblo le envió a Sendero un claro mensaje de fuerza y no-miedo, y a los políticos su desaprobación, eligiendo a un independiente como alcalde de Lima.

MISTICA Y POLITICA

Según una reciente encuesta, la Iglesia es la institución más confiable del país. Lo corrobora el 80% de los peruanos encuestados. En un energético documento-mensaje sobre las próximas elecciones los Obispos recuerdan que "la actividad política está necesariamente vinculada a la justicia y a la honestidad". Y confiesan que "todos los peruanos somos solidariamente responsables por nuestro pasado y por nuestro futuro". Y terminan invitando a todo el pueblo a la reconciliación y solidaridad cristiana.



dentidades, busca destruirlas a todas. En esta misma línea de interpretación, un primer componente de Sendero sería la rabia, rebelión y venganza seculares del campesino indígena frente a una injusticia antigua, no directamente económica. Y su respuesta es el genocidio: la destrucción de toda la organización existente. Un segundo componente del movimiento vendría dado por un análisis social de sus militantes, en su mayoría de origen mestizo. Gente que se encuentra en desventaja de cara al ascenso social. El "misti" frustrado en la conquista de la ciudad y de la Universidad. Se explica así el signo más "terrorista" del movimiento, y el dato de que sea la Universidad un campo privilegiado para ellos. Una tercera lectura del fenómeno es de tipo político e ideológico: el movimiento es claramente dependiente de los textos sagrados del marxismo-leninismo, y principalmente de Ma-

o. De aquí deriva el fervor ideológico y doctrinario del grupo, con su insistencia en la educación como campo privilegiado. Sea lo que sea, pensamos que un diagnóstico acertado de Sendero debe combinar estos tres ingredientes.

En nueve años de existencia la violencia senderista y su reacción han provocado en el país una suma de catorce mil muertes. Ayacucho, la cuna del movimiento, vio el pasado año catorce matanzas con un saldo de 234 muertos. El terrorismo, siempre clandestino, trata de

nes y muertes dolorosamente frecuentes. Es la guerra sucia.

El problema de Sendero es un problema, en primer lugar, político. Y secundariamente militar. El Gobierno necesita una estrategia completa para enfrentar el secular problema de la pobreza e injusticia en la sierra peruana. Hacen falta propuestas alternativas de desarrollo más en relación con los gobiernos locales y regionales. Habrá que suscitar programas de emergencia y apoyarlos en base a una organización popular amplia. Uno

Perú es un país de honda religiosidad popular. El elemento religioso vivido en profundidad puede ser el motor y la motivación para vivir la austeridad, y sobre todo la fraternidad y la solidaridad. Para asumir y vivir con alegría y serenidad en el cada día el largo y paciente camino que supone salir del subdesarrollo: esfuerzo, sacrificio, trabajo, ahorro. Mística y política, en la mejor tradición cristiana, se pueden unir en esta esperanza-dora tarea. Porque atiende a necesidades de la gente, hondas y urgentes, la Iglesia ha podido sobrevivir a Sendero en zonas de conflicto. Consciente de que las necesidades espirituales y morales de un país son tan importantes como las materiales, debe estar "ahí", para transmitir esperanza de una manera eficaz.

Para los sectores más atentos de la Iglesia la nueva evangelización que necesita el país "para una nueva cultura" significa pedir a todos respeto por la nueva nacionalidad emergente, que acepte el pluralismo de todas las sangres. Y va en la línea de un testimonio de vida sacrificado, que se hace presente en los lugares más dolorosos y alejados.

Hasta ahora ha sido imposible el diálogo con Sendero. Impensable. Pero hay quienes afirman que pudiera estar cercano el momento en que aceptaría un diálogo con interlocutores válidos, que les puedan merecer un mínimo de respeto y simpatía. Y existen personas, en la Iglesia y fuera de ella en Perú, que pudieran mediar para este inicio de un diálogo que puede ser difícil, pero cada día más necesario.

EL NUEVO DORADO DE LA COCA

Inicialmente sólo en el Alto Huallaga se sembraba coca. En la actualidad también se siembra en el Huallaga Central y más al Norte todavía. Por consiguiente, Sendero también se ha extendido a esas zonas de la selva peruana. De la tres mil hectáreas de plantación en 1965, se ha pasado a más de doscientas mil en la actualidad. Y en el Alto Huallaga mandan hoy las bandas armadas de los narcos, así como los senderistas. Sendero defiende a los campesinos frente a posibles campañas de erradicación de la hoja. También el ejército trata, últimamente, de acercarse amistosamente al campesino, siendo su único objetivo los senderistas. Pero los que controlan el valle del río Huallaga son los narcotraficantes, al menos mientras dure la exportación de la pasta básica de cocaína. Lo hace sospechar el hecho de que Sendero no posee armamento sofisticado. No podrían permitirlo los narcotraficantes ya

que verían amenazado su dominio de la zona.

El narcotraficante, la verdadera mafia, no vive en el Perú, por ahora, al menos. Llega en avionetas que proceden de Colombia; pero sus bases en el Perú son ubicables físicamente. Y se encuentran no entre los campesinos productores de la hoja, sino en los cerca de setenta aeropuertos clandestinos que según la DEA (Drug Enforcement Administration, la agencia para la represión de la droga en los EE.UU.) han sido detectados por satélite en la región del río Huallaga; y también en los laboratorios de transformación situados en la frontera con Colombia. Cada avioneta se lleva entre 600 y 700 kilos de pasta básica de cocaína (PBC) en cada viaje.

Enfrentar el problema del Huallaga supone, además de la presencia del Estado en la zona —actualmente casi inexistente— que el Gobierno no necesite desesperadamente los dólares de la coca, como sucede hoy, para contar con un mínimo vital de divisas y reservas. Se calcula que cada año ingresan al país por este concepto alrededor de mil millones de dólares. Y que unos cien mil peruanos participan, directa o indirectamente, en este movimiento. Esta adición de la economía puede ser peligrosa. Tal y como andan las cosas en los países vecinos le puede ser útil a Perú mirarse en el espejo de Colombia. Y pensar que los laboratorios de cocaína instalados en Colombia podrían ser trasladados a su propio territorio, concretamente a la región de la Amazonía.

Los principales responsables del enorme problema del narcotráfico no son los campesinos latinoamericanos, como a veces se señala; ni tampoco los consumidores de la droga llámense hispanos, o negros...

Los verdaderos causantes del problema son los grupos comercializadores y productores de la pasta básica de cocaína, los que controlan su tráfico, y los sectores del Estado que los protegen.

¿Es viable combatir una economía basada en la droga? ¿Puede hacerse sin afectar la producción y el uso tradicionales y seculares de la coca en los países del área andina? Ciertos expertos opinan que habría quizá una forma más viable y eficaz que todas las intentadas hasta ahora. Y la clave se encontraría en el control de la producción, de la distribución y del uso de los insumos químicos necesarios para el tratamiento de la hoja de coca. Elementos tales como el kerosén, la acetona, el éter, el ácido sulfúrico, la cal agrícola, el carbonato de sodio. Sirvan como ejemplo los veinte camiones diarios de kerosén que llegan al Alto Huallaga... Curiosamente, el azufre necesario para la elaboración de la PBC lo importa Perú, desde 1979, del mismo Estados Unidos y de Venezuela.

El control de los insumos químicos, su transporte, así como todo lo relativo a la libre importación de avionetas, requeriría un Estado capaz de llevar un registro de compradores. Y capaz también de enfrentar la reacción previsible de los productores y comerciantes de la pasta básica de cocaína. Un Estado fuerte y cohesionado. Otro reto definitivamente serio para el nuevo Presidente y su gobierno que tomarán posesión, es la fecha fijada, el 28 de julio de 1990.

(1) En 1989 el PBI cayó en un 14%. Y el ingreso per cápita disminuyó en un 40% respecto a 1985. El 80% de los seis millones y medio de habitantes de Lima viven en barrios, pueblos jóvenes y urbanizaciones populares. Crece cada día el número de los comedores populares.

Los trabajos que usted escribe en su
Macintosh
se los podemos imprimir en nuestra
IMPRESORA LASER
en la redacción de esta revista